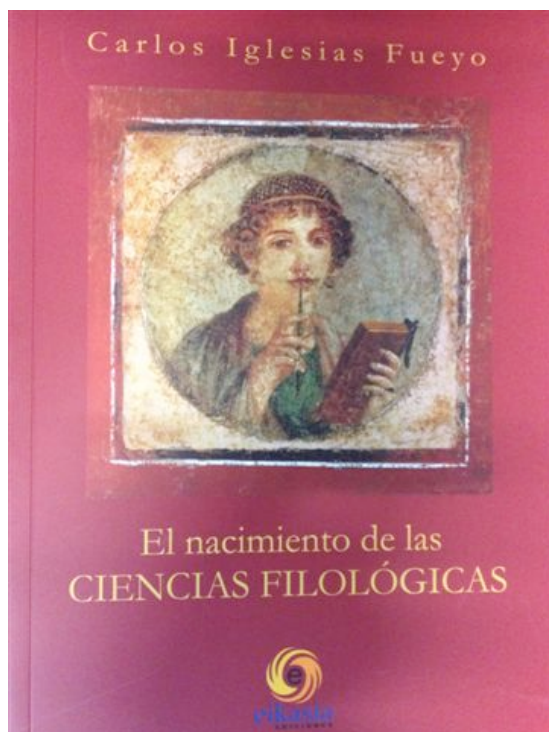


Presentación sobre *El nacimiento de las ciencias filológicas*. Carlos Iglesias Fueyo (Eikasía, Oviedo, 2011)

Por Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina



Hace un par de meses me llamó Carlos por teléfono a mi retiro de Guadarrama. Había salido por fin su libro, el libro en el que venía trabajando muchos años y que yo creía iba a quedarse para siempre en el telar.

Me pedía que fuese a Gijón, a presentarlo, junto con Alberto: el trío que en tiempos lejanos habíamos escrito una *Historia de la Filosofía*.

En efecto, a los pocos días recibí por correo un paquete que no cabía en el buzón. Este libro; más que un libro un enorme volumen que pesa físicamente kilo y medio y espiritualmente mucho más, aunque no hay medidas estandarizadas en el campo gravitatorio del espíritu. Un libro de 700 páginas. Sobriamente editado por *Eikasía*. Muy bien escrito. Con una claridad no frecuente en los libros filosóficos, y que se agradece siempre. Y dedicado a Gustavo Bueno. Tiene pues todos los avales

filosóficos asturianos. Un libro que acumula una inmensa información, muy bien estructurada, al parecer, en un esquema férreamente unitario.

Yo acepté encantado, no sólo por la vieja amistad desde los tiempos del Instituto Femenino de Oviedo, sino por la ocasión, siempre deseada, de volver a Asturias. Libro al que, de entrada, sólo pondré una pega mínima: le falta un índice de nombres propios citados que hace a los libros más útiles.

No sé si es buena la idea de llamar a un amigo para que te haga la presentación de un libro, sobre todo si ese amigo vive a más de 400 kilómetros y tiene todavía, como yo ahora, en los oídos, el ruido del motor del coche. Un amigo no puede ser objetivo. Menos en mi caso pues asistí, hace muchos años, al germen, al nacimiento de este libro. Me propongo, además, ser todo lo subjetivo que pueda.

Yo estuve, en efecto, en la tesis doctoral de Carlos, en el tribunal. Recuerdo que le planteé una cuestión que me parecía importante, y ahora no sé cual fue. Además asistí al proyecto anterior a la tesis, a la prototesis, al protolibro.

Trataba Carlos de analizar el campo semántico de la verdad y la falsedad. Recuerdo los veranos en Gijón. El piso inolvidable sobre el mar y el trozo de costa todavía virgen. La habitación de la biblioteca con el suelo lleno de papeles continuos, como un laberinto, con ristras de palabras donde estaba desguazado todo el Corominas. Y, después, en aquellos años locos, fines de los 70, principios de los 80, corríamos, al mando de Macamen, experta en cerámica, a trabajar horas y horas en un taller con el barro, y luego a la playa. Habíamos descubierto la escultura, y yo, en particular, quedé colgado de ella para siempre.

Digo que un amigo no puede ser objetivo. Pero estoy viendo a Carlos, y a Alberto, pensar: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*

Hago caso. Dejo pues, si es posible, al margen, la amistad, y me concentro en la *Veritas*, en la verdad del libro. Pero la verdad se puede decir de dos maneras: la verdad como contenido y la verdad, más exterior, del porqué del libro. Un filósofo diría la verdad trascendental, que se refiere a las condiciones que han hecho posible el libro y lo mantienen.

No voy a referirme, pues, a la *Veritas*, a la verdad del libro como contenido. Es evidente. Hay una idea central, la *reflexividad*, que organiza el libro. Y dentro de una filosofía que es claramente la del materialismo filosófico. La reflexividad es la propiedad característica de lo humano. Pero no es originaria. Está en las operaciones inexcusables del lenguaje y de la lengua. Es a la vez producto y condición del lenguaje. Esta es la tesis del libro. Meridianamente clara. Por ejemplo, puede leerse en la página 136:

“La constitución gramatical, o para ser más exactos, el análisis de las conexiones objetivas gramaticales, las leyes científicas gramaticales, nos remiten internamente a las mismas conexiones operatorias (tecnológicas) de las que habíamos partido: lo que veníamos denominando, en definitiva, la reflexividad operatoria”.

De este modo, mediante la reflexividad, el *logos* se hace *filo-logos*. Es el nacimiento de la filología, el título del libro.

No me voy a referir a esta Verdad como contenido, sino a la cuestión, más *formal* o *trascendental*. A esas condiciones de posibilidad que deberían ser más complicadas, pero que, efectiva y paradójicamente, son las cuestiones más sencillas. Suenan incluso como las preguntas más corrientes.

Planteo dos cuestiones. Primera: ¿Por qué ha publicado Carlos ahora este libro? Segunda: ¿Por qué, dentro de su unidad tiene una estructura claramente simétrica, incluso conmutativa, aunque está disimulada?

La primera pregunta, más ampliamente expuesta, sería: ¿por qué ha publicado este libro, más bien académico, y no otros, más mundanos, que tiene preparados, siendo así que Carlos, filosóficamente, es escéptico? Y la segunda cuestión, también ampliada, diría: ¿por qué este libro tiene dos partes equivalentes en extensión (350 páginas cada una) que, sin embargo, no

figuran como partes? ¿Por qué parecen simétricas, siendo la primera una *filosofía de la filología* y la segunda una *filología de la filosofía*? Es decir: la *sofia* del *lógos* y el *lógos* de la *sofia*. Al cambiar el orden (lógos, sofía) ¿se pierde la propiedad conmutativa? ¿o no?

Estas son las dos preguntas externas que planteo, que suponen, además, una cuestión accesoria: ¿hay alguna conexión entre ambas cuestiones? (Adelanto que sí la hay. La habrá).

Veamos. *A la primera cuestión*, como dicen los escolásticos:

Decía que Carlos ha acabado siendo un escéptico en cuestiones filosóficas, al menos en cuestiones de filosofía académica. (Adelanto, entre paréntesis, para que Carlos no se ofenda, que al final esta afirmación quedará matizada). Este es el inconveniente de haber invitado a un amigo “subjetivo”. Voy a hacer públicas dos confidencias que avalan esta afirmación. Primera confidencia: cada vez que, a lo largo de los años, he vuelto a casa de Carlos, he encontrado que, en su biblioteca, los estantes de filosofía pura y dura disminuían siempre, mientras que los estantes con libros de historia o de temas científicos en general, aumentaban sin cesar.

Segunda confidencia. Varias veces me ha dicho (incluso hace unos meses) cosas como esta: “Ricardo, déjate de esas pajas mentales de las que te ocupas últimamente (se refería a mi trabajo en los últimos quince años) y dedícate a algo más serio, como esto: y me entregaba la fotocopia de un precioso análisis suyo, sobre un cuadro, por ejemplo.

El escepticismo en filosofía es más general de lo que parece. Muchos filósofos, aun importantes, en un momento determinado (si no se han pasado a la metafísica), dejan de creer en lo que hacen. Ya no creen en la eficacia de transformación de la filosofía, como decía Marx, y se refugian, como válvula de escape, en temas más tangibles, mundanos y populares.

¿Cuál es la explicación de este fenómeno? Me parece que, en principio, hay una explicación general que afecta no sólo a los filósofos, y que expresaba muy bien Feynman, seguramente el físico más interesante del siglo XX, después de Einstein, maravilloso profesor, autor del *Curso de física* mejor que se haya escrito jamás. Escribe en sus *Lecciones sobre la gravitación*, uno de sus cursos que se están publicando ahora: “He heredado de mi profesor Wheeler el prejuicio que consiste en evitar justificar un resultado modificando la teoría en vigor, en tanto que no se han agotado sus recursos” (p. 217 de la edición francesa).

Es decir, un físico, o un filósofo, sobre todo si dispone de un sistema de ideas potente (y potente significa simplemente que desde su sistema se hace cargo de otros), tiende a no modificar ese sistema suyo en tanto que pueda seguir haciendo frente a todas las cuestiones que se presenten. Y puede hacerlo, porque suponemos que su esquema es poderoso. Pero, inevitablemente, el sistema se agota y debería ser ampliado, sobre todo cuando *es el espíritu del tiempo el que marca un cambio colectivo inexorable en todos los campos*. Y no lo hace porque sigue teniendo el prejuicio de Wheeler, que Feynman estima correcto. Esa es la paradoja. El resultado es el escepticismo.

He aludido a que el espíritu del tiempo (en el siglo XX) promovió el cambio en todos los campos. Me veo obligado, antes de seguir con nuestro libro, a hacer un pequeño *excursus*.

Con la perspectiva que ya tenemos sobre el siglo pasado, el XX, sabemos que, a lo largo del siglo, ya desde su primera década (que en todos los órdenes es una década *mirabilis*) se ha producido un cambio enorme: en física, en arte, en filosofía. Lo podemos formular, de modo convencional y con términos explícitamente sólo aproximados: el paso de una situación clásica a otra no clásica o postclásica.

En la física se pasa de la física llamada efectivamente clásica a la llamada física cuántica. A fines del XIX la física era básicamente mecánica y electromagnetismo, y muchos físicos creían que faltaban años, meses, para quedar acabada. Einstein culmina poco después, con las dos relatividades, esta dimensión clásica. Pero en pocos años el electromagnetismo clásico de Maxwell se transforma en la electrodinámica cuántica y luego en la teoría general cuántica de campos, la nueva física.

Einstein es precisamente el prototipo de pensador que encarna muy bien el prejuicio de Wheeler. Por una parte culmina genialmente la física clásica con su nueva versión de la gravitación que aclara lo que no explicaba Newton. Pero, por otra parte, siempre siguió creyendo que tendría que haber variables ocultas que acabarían descubriéndose y que le impedirían dar el paso alistándose a la nueva física cuántica. Y no dio el paso.

Y lo sorprendente es que él estuvo en el inicio del paso. En efecto, la explicación del efecto fotoeléctrico y la del movimiento browniano en 1905 implicaban ya la física cuántica. Todo el mundo conoce la ecuación: E igual a m por c al cuadrado, que está hasta en las camisetas, pero no conoce la ecuación: E igual a h por n , que es cuántica. Y el movimiento browniano es la primera prueba de que hay trayectorias que aunque sean continuas no pueden tener derivada.

Lo mismo pasa en el arte. Se pasa de una situación clásica a otra no clásica, las vanguardias, y luego se “recupera” con otra perspectiva lo clásico. Esa es en resumen la historia del arte del siglo XX. Se rompe primero el sistema clásico tonal, o el sistema clásico figurativo, y luego se puede recuperar la dimensión clásica sin sus inconvenientes: el agotamiento, la repetición...

En la filosofía, el proceso de cambio, de una situación clásica a otra no clásica, es más complicado, más lento, pero yo creo que más claro. En ocasiones yo he llamado a este proceso de cambio “ampliación” de la filosofía clásica, como se habla de la ampliación de los números. Este movimiento de ampliación no es nada raro. Es precisamente el inverso, o el converso, del movimiento que va del caso general al caso particular.

Me explico. Tanto la física, como el arte, como la filosofía, comenzaron clásicamente explicando lo particular, hasta darse cuenta de que lo particular no es sino el caso límite de lo general. La física clásica explicaba muy bien lo particular, el mundo macroscópico, que no es sino el caso límite, particular, de la física de lo que se da en la escala de Planck, lo más “general”, lo cuántico.

Igual ocurre en filosofía. La filosofía “clásica”, de dominancia eidética, ha explicado perfectamente lo “normal”, las identidades sintéticas, pero tiene que dotarse de nuevos recursos,

no eidéticos, para hacer frente al caso “general”, donde las síntesis son esquemáticas y donde no basta la intersubjetividad que comparte lo objetivamente eidético.

La fenomenología ha dado este paso. Mejor dicho, lo sigue dando. Husserl empezó a darlo por las mismas fechas que Einstein -el *annus mirabilis* de 1905- y, después, al igual que él, se retuvo, miedoso, apelando también a variables ocultas. Y otras filosofías también lo han hecho. El materialismo filosófico, seguramente, también empezó este cambio, en paralelo con la fenomenología...

Perdón por el *excursus* tan apretado, pero necesario. Volvamos al libro de Carlos. El escepticismo no es, como digo, sino la conciencia del cambio inevitable y diferido. Se lo he atribuido a Carlos, pero, a medida que se avanza en la lectura del libro, al pasar de la primera parte a la segunda, parece que el escepticismo cambia de color. Me atrevería a decir que es escepticismo con relación a la filosofía clásica, pero no con relación a la “nueva” filosofía.

El libro parece tener una estructura simétrica, y en este sentido, clásica. La simetría es profundamente clásica, está en la base de la dominancia eidética. Pero creo que la simetría del libro es una simetría aparente. Las dos partes están claramente diferenciadas. En la primera se expone la filosofía de la filología, la sofía del lógos. En la segunda se expone la filología de la filosofía, el lógos de la sofía. Y esta aparente simetría se refugia en la engañosa continuidad de las dos partes, que se pretende suturar con el capítulo X, que hace de gozne entre las dos partes que no se distinguen topográficamente.

Pero eso es la apariencia. No hay simetría en el libro. Es más, no hay conmutación entre la sofía y el lógos. Importa el *orden*. Y esa no conmutación es precisamente el síntoma clave de una filosofía no clásica.

Es lo mismo que pasó en la física. En el principio de Heisenberg la gente sólo acostumbra a fijarse en que el producto de los incrementos de q y de p , de las coordenadas de posición y del momento, no puede ser tan pequeño como se quiera (que es lo que ocurría en la física clásica), sino que tiene un límite en la constante de Planck. Esto es verdad, pero no es toda la verdad. La gente no suele darse cuenta de la otra cuestión que se manifiesta en el umbral del paso de lo clásico a lo no clásico, a lo cuántico: la no conmutación, la importancia del *orden*: p y q no conmutan; sofía y lógos tampoco.

Y evidentemente el libro lo confirma. Las dos partes son muy diferentes. Basta preguntar por la filosofía que subyace a cada una. En la primera parte, en la filosofía de la filología, la sofía del lógos, la filosofía en que se apoya Carlos es claramente el materialismo filosófico, en su versión, podemos decir, ortodoxa. O sea, ni heterodoxa, ni dogmática. Lo vemos paladinamente en el capítulo sobre el signo.

Pero en la segunda parte no es así. La filosofía subyacente parece escabullirse, se está haciendo. Es una filosofía, como dice Aristóteles, buscada. Se manifiesta, sobre todo, negativamente, diciendo lo que no es. Así, la historia de la filosofía, que es en lo que acaba la filología de la filosofía (el lógos de la sofía) se caracteriza negativamente: como la historia de la

filosofía que tiene que evitar el reduccionismo sapiencial, el reduccionismo sociologista, el reduccionismo cientifista, el reduccionismo artístico, el mitológico...

Bien. Pero, positivamente, ¿cómo debe ser entonces la historia de la filosofía? La respuesta implícita es: tal que la filosofía no se reduzca a su historia. Es decir, la historia de la filosofía, que resulta de su consideración filológica, debe ser tal que no anule la filosofía convirtiéndola en refugio histórico perezoso de los problemas filosóficos, sino que debe ser taller inexcusable donde la tradición ofrece sus recursos para que la filosofía nueva afronte las nuevas situaciones.

Y esta es la *primera sorpresa*, y la contestación a las dos preguntas iniciales. Carlos ha escrito, me parece, este libro, porque, más o menos conscientemente, es escéptico con relación a la filosofía que convencionalmente estoy llamando clásica, pero empieza a no ser escéptico por relación a la nueva. Lo demuestra la *unidad* del libro, que no es sólo la unidad aparente centrada en la idea de reflexividad, sino *una unidad más oculta* que se basa en la conexión de las dos partes, con álgebra no conmutativa.

Y a continuación encontramos una *segunda sorpresa*. Si la no conmutatividad, ejercitada por Carlos (aunque no representada) es un síntoma de que, aunque no lo crea, está ejercitando una nueva filosofía, esa nueva filosofía incoada supone además que, en ella, los límites entre lo *académico* y lo *mundano* se difuminan.

Ya no aparecerá lo mundano como el refugio escapista ante el escepticismo académico, sino que, cada vez más, la nueva filosofía, como el nuevo arte, no discrimina lo académico de lo mundano, lo puro de lo aplicado, lo culto de lo popular. Ya sólo habrá arte bueno o arte malo, buena o mala (a más de aburrida) filosofía.

Por eso, pues, Carlos ha publicado ahora este libro. Y por eso, sobre todo, esperamos que publique los libros más mundanos que yo sé tiene escritos y guardados, que seguramente serán *más filosóficos*, porque entonces *se habrá curado totalmente de su escepticismo*.